

PAPEL PSICOLÓGICO DEL MITO

Ana Delia Castro Esteban

PAPEL PSICOLÓGICO DEL MITO

ANA DELIA CASTRO ESTEBAN

Tesina para la obtención de
Licenciatura en Filosofía y Letras (Sección: Psicología)

Universidad de Barcelona

Dirigida por el Dr. Alejandro Sanvisens
Septiembre de 1973

GUIÓN

I.- A MODO DE INTRODUCCIÓN

- I.1.- Pensamiento primitivo: el mito
- I.2.- Puntos o características del pensamiento primitivo.
- I.3.- Proyección actual del mito.

II.- CONCEPTO Y EVOLUCIÓN DE LA REALIDAD MÍTICA.

- II.1.- Naturaleza y estructura del mito.
- II.2.- Evolución histórica.

III.- FUNCIÓN PSÍQUICA DEL MITO

- III.1.- Generalidades.
- III.2.- Aspecto individual.
- III.3.- Aspecto social.

IV.- ASPECTOS MÍTICOS DE LOS SISTEMAS RELIGIOSOS.

- IV.1.- Evolución humana y religión.
- IV.2.- De la mística al dogma.

V.- LOS MITOS COMO REALIDAD PRESENTE.

- V.1.- ¿Están en crisis los mitos?
- V.2.- Los mitos del hombre actual.

BIBLIOGRAFÍA

I. A MODO DE INTRODUCCIÓN

I.1.- PENSAMIENTO PRIMITIVO: EL MITO

¿Qué es el mito?

En la actualidad el uso de este término es de una frecuencia casi tópica. Pero la significación que damos al mismo no puede ser más confusa y equívoca. Lo empleamos en todos los sentidos menos en el original.

1) Así, para el hombre de la calle una cosa es un mito cuando es algo fabuloso, imposible de conseguir o de realizar (“hacer que todos seamos iguales, eso es un mito”, dicen, una utopía), algo que solo los idealistas que no tocan la tierra pueden proponer.

2) Unido a este concepto está el uso literario del mito, con el que se quiere ver una narración fabulosa, en un plano poético, de los hechos y sentimientos de seres heroicos o divinos. Esto se acerca más al término original; aunque, sin embargo, la acepción “fabulística” degrada todo su contenido primitivo.

3) En un sentido político, se entiende por mito un ideal, un programa que cautiva a determinados grupos sociales, o a las masas populares, y las arrastra, como electrizándolas, a la consecución de un fin concreto (motivo sentimental, vital, de salvación). En este sentido se puede hablar del mito nazi (el mito de la raza aria) y del mito marxista (es indudable que este último es un ideal con elementos míticos).

4) Unido a este concepto político de ideal, encontramos en el mito un concepto epistemológico, como de exaltación o sublimación de la realidad, a la que se conoce no por vía racional, objetiva, sino por vía emotivo-sentimental, desfigurando y trasfigurando la realidad misma. Así, según los racionalistas, se habría formado el mito de Cristo: hombre elevado a la categoría de Dios, exaltado (mitificado) por la fe enardecida de una comunidad cautivada por su persona.

5) Por último, en su sentido original, el mito tiene un sabor netamente religioso: es una narración de los acontecimientos fundamentales de la historia humana en sus comienzos y que, al ser proclamados nuevamente en un marco cultural, realizan una función salvadora.

Esta definición del mito original merece una atenta reflexión. Nos la van a facilitar dos estudios eminentes de historia de las religiones: los de Malinowsky y Eliade. El primero nos da una visión muy precisa: “El mito en una sociedad primitiva, esto es, en su forma viva originaria, no es una historia simplemente contada, sino una realidad vivida. No es un hallazgo, como lo que leemos hoy en nuestras novelas, sino una realidad viva que es creída y que sucede en un tiempo originario e influye en el mundo y en el destino de los hombres de una manera continua... Estas historias no son mantenidas vivas como curiosidad, no se consideran como inventadas, ni como verdaderas. Para los indígenas son la manifestación de una realidad originaria, superior e importante, que determina la vida, el destino y la actividad actual de la humanidad. (16)

Eliade nos dá las características de esta historia “vivida” de que nos habla Malinowsky: “Le mythe raconte une histoire sacrée, c’est-à-dire, un événement primordial qui a eu lieu au commencement du temps, “ab initio”. Mais raconter une histoire sacrée equivaut à révéler un mystère, car les personnages du mythe ne sont pas des êtres humains: ce sont de vieux ou des héros civilisateurs, et pour cette raison leurs “gestes” constituent des mystères: -----

Estas observaciones de Malinowsky y Eliade las vamos a organizar sistemáticamente:

I) El mito es una narración, es un volver a contar unos hechos ocurridos “in illo tempore”, hechos de los que nadie tiene idea de en qué tiempo ocurrieron, pero a los que dan crédito sin la menor duda porque los creen fundamentales para el mundo y la vida de los hombres. Estos acontecimientos no son vividos como inventados sino como que ocurrieron al principio del mundo, cuando nada ni nadie existía.

II) Esta narración tiene como objetivo una historia sagrada, es decir, los acontecimientos que se narran y los protagonistas de los mismos son seres sobrehumanos.

III) El mito nos narra hechos originales: la creación del mundo y del hombre, o bien la aparición de una nueva situación cósmica o un acontecimiento de gran trascendencia humana.

IV) Los protagonistas son los dioses o héroes cuyas acciones son causa de nacimiento, vida, existencia: son causa de salvación. Por eso sus acciones son misterios en un doble sentido: porque si no hubiera sido por la revelación hecha en el mito, los hombres hubieran ignorado estas intervenciones de la divinidad y no hubieran podido dar respuesta a la incógnita de los orígenes: ¿de dónde venimos?, ¿quién nos ha puesto, nos ha dejado, aquí y así?

A los mitos, desde tiempo inmemorable, en relatos transmitidos de generación en generación, los encontramos con mucha frecuencia unidos a una celebración cultural, a una fiesta sagrada. A lo largo de esa fiesta, en esa celebración cultural, son narrados, o proclamados o bien cantados. Pero esta narración de los acontecimientos primordiales no se hace simplemente por cumplir con una tradición, por mantener curiosamente un elemento “folklórico” que divierte y produce nostalgia... Muy al contrario, los mitos son proclamados culturalmente ante la comunidad primitiva porque se cree en ellos, porque se espera de ellos una salvación, porque los hombres, sintiéndose indigentes, acogen su existencia precaria en la proclamación del mito. ¿Cómo se explica esto?

El hombre primitivo se encuentra como “arrojado” en un mundo hostil; acosado por animales feroces, en una vegetación que enmaraña su existencia, con un clima que, de pronto, se le vuelve adverso (verano- invierno- cavernas), acosado también por otros hombres que luchan igualmente por subsistir. Su existencia está expuesta constantemente a la inseguridad, al sufrimiento, a la muerte. Es un ser “a la intemperie”. Ahora bien, desde siempre, el hombre (que en esto se diferencia del animal) distingue entre la existencia real y la posible y por eso aspira, anhela y lucha por algo mejor. Ha soñado con una vida superior, con un “paraíso”. Ha querido

hacer el mundo más habitable mediante la técnica... Pero se ha sentido impotente. En los hombres primitivos, en sus tradiciones, aparece como un sentimiento de nostalgia y frustración, o incluso de culpabilidad. Existe en él la convicción de que en los principios de la humanidad la vida no era tan cruel, que había orden, equilibrio, armonía, bienestar. Pero que la actitud “pecaminosa” de los hombres ha provocado el desequilibrio. Por otra parte, junto al hombre hay fuerzas malignas en la Naturaleza que le persiguen; pero también hay fuerzas protectoras. Entonces, además de la técnica, el hombre busca el progreso mediante los RITOS de conjura de las fuerzas adversas y de acceso a las protectoras. En este sentido hemos entendido una realidad tan unida al rito como es el MITO.

Este mito entendido como narración o historia sagrada de los orígenes es, para el hombre primitivo, como una tentativa de volver al orden y armonía primitiva. “En el sentido de esta primera existencia (esa existencia precaria y angustiosa) presa del mundo, el mito se afirma como una conducta de retorno al hombre. Interviene como prototipo de equilibración del universo, como formulario de reintegración”.

Es por tanto este ansia de salvación inmanente en el hombre lo que le hace recordar el mito en el marco de un acto cultural. Es una memoria sacra, una celebración misteriosa, acción salvadora.

V) Los acontecimientos proclamados en el mito vuelven a ser actualidad en la celebración ritual:

El mito, hemos dicho, es una narración sagrada; por sus protagonistas y por los acontecimientos mismos que narra. Pero tiene esta narración un valor absolutamente original: cada vez que esta narración se proclama en un acto cultural, los acontecimientos primordiales traspasan el tiempo y “se hacen presentes” o, lo que es lo mismo, los asistentes al acto cultural se ven como trasplantados (místicamente pero realmente, esta es la fe del hombre primitivo) a los Orígenes, se ven inmersos en los acontecimientos narrados y obtienen sus frutos bienhechores. Los que asisten a la celebración del mito no sólo escuchan y entienden la narración, sino que la viven. Para el hombre mítico lo importante no es entender, comprender, saber (verdad teórica) sino verse inmersos en la acción proclamada. Esta vivencia e inmersión les viene de la unión entre la proclamación (mito) y la acción (iniciación ritual). Ej.: En Babilonia, todos los años, en los últimos días del último mes del año se celebraba una ceremonia ritual “AKITV”, en medio de la cual se proclamaba el poema de la creación “Enuma Elish”. El poema es una cosmogonía en la que el mundo surge después del combate entre el dios Marduk y el monstruo marino (¡siempre el agua!) Tiamat, promotor del caos existente, al que ayudaba el demonio Kingu. Pues bien, Marduk los vence en el combate, y con el cuerpo de Tiamat crea el Cosmos, dando después origen al hombre con la sangre de Kingu. Este mito es proclamado al tiempo en que aparecen en la escena sacra dos grupos de actores (celebrantes) que simulan una lucha representando a Marduk y Tiamat. Este último resucita todos los años, el último día del año, al volver a las aguas primitivas el mundo donde aparece, símbolo de las tinieblas, el monstruo marino. Tiamat es nuevamente vencido en el mito en el momento de la derrota

mistúrica, se da paso del caos al cosmos: nueva creación. Los presentes al acto participan realizándose en su ser y su espíritu lo que los mitos proclaman. En el momento de la lucha comienza el caos mediante la extinción del fuego y la luz, vuelta de las almas de los muertos, confusión, orgías sexuales,... Todo esto aparece en otros ritos similares: por ej. En el Nauraz, o año nuevo persa, en los saturnales romanos, etc. Pero cuando Marduk vence, los “jules” realizan purificaciones, expulsiones de demonios, etc. Así, el hombre, igual que el cosmos, se recrea, renace a una existencia nueva. Después se siente más libre, transfigurado y como transportado al orden primordial, con todas sus fuerzas vitales intactas.

Vemos cómo en esta celebración cultural, en esta proclamación mítica de los orígenes, se actualizan ante los fieles los acontecimientos básicos de la historia humana. El hombre, al participar, busca la salvación, la reintegración. Es le ansia de vida, de salvación e inmortalidad lo que le mueve a la participación en los cultos.

VI) El mito es una respuesta a los principales interrogantes de la existencia humana, es una palabra en acción. Como palabra es una forma de expresión de un pensamiento. En el mito está presente la razón, pero una razón vital, una razón que no intenta explicar científicamente las cosas, sus causas, conexiones, etc. El mito no analiza realidades, presenta hechos que son, en el plano del conocimiento, como hechos fundamentales, como axiomas o postulados de una existencia humana: los orígenes. En este sentido, los primitivos, al aceptar así estos acontecimientos, no se preocupan de demostrarlos. En el fondo el mito no presenta los acontecimientos como lo historificable -algo sucedido en un tiempo determinado- sino como algo sucedido antes del tiempo. En definitiva, el acontecimiento toma una dimensión simbólica: en el se refleja toda una concepción del hombre primitivo en torno a los orígenes del mundo y del hombre, el sentido de la vida y el comportamiento humano hacia su destino final.

En este sentido descubrimos una forma de pensamiento humano, una concepción prefilosófica.

I.2. PUNTOS O CARACTERÍSTICAS DEL PENSAMIENTO MÍTICO.

—El primitivo desconoce prácticamente el sentido de la realidad como objeto, toda la realidad es un TU, un sujeto que se revela en cualquier momento como fuerza amiga o enemiga.

—El primitivo no sabe disociar, ni distinguir apariencia (sueño) de realidad; símbolo, de su objeto simbolizado. Todo lo que le impresiona es real; por eso a veces le parece más real, incluso, el sueño, o ciertas imágenes monstruosas.

—El hombre mítico está dominado por la singularidad, sólo conoce casos concretos de la realidad (TU). Para él no existen leyes que dirijan la naturaleza, sino voluntades que la dominan.

—Tiempo y espacio, como todas las categorías lógicas del pensamiento primitivo, tiene un sentido plenamente emocional, vital. No son categorías lógico-abstractivas, sino lógico-imaginarias.

- Hay en el primitivo como una capacidad intuitiva de valores y realidades cuyo contenido trasciende absolutamente la esfera sensorial, fenoménica, la esfera animal: él se pregunta por el sentido de la vida, por los orígenes del mundo y el hombre, por la finalidad del ser, por el orden del universo; tiene un claro concepto de culpabilidad y justicia; forma, a su modo ya, relaciones de causalidad, de tiempo, etc. Se pregunta: ¿quién?, ¿cómo?, tal vez no se pregunta ¿por qué? por no provocar indirectamente el secreto de los dioses velado a los humanos.

- Es cierto que las respuestas son totalmente emotivas, imaginativas, fideístas, instintivas. Pero las preguntas, los problemas y los planteamientos de textura filosófica ahí están ya. Este tipo de contradicción puede explicarse, como señala Maritain, por el hecho de que, aunque la inteligencia del primitivo sea de la misma naturaleza que la nuestra, sin embargo se encuentra en un estado de subordinación absoluta al imperio de la IMAGINACIÓN.

Afirma también Maritain que este estado de inteligencia ha sido muy fecundo en la adquisición de unas verdades vitales a través de la aprehensión instintiva o convencional con la naturaleza; verdades que, posiblemente han sido perdidas al pasar de la edad infantil de la humanidad (la mentalidad primitiva está muy cerca de la infantil: mundo de los sueños, imaginación de las hadas, diferenciación de símbolos y objetos, inconsciencia del yo personal, etc.) a la edad adulta. A este estado llama Maritain: RÉGIMEN NOCTURNO DEL ALMA.

Hay en el primitivo unos esquemas lógicos rudimentarios que preludian los científicos. Dicen Maritain, Bergson y Oliver Leroy:

“...qu’il n’y a pas de difference de nature entre l’intelligence du primitif et la notre. La structure de l’intelligence du Papou ou de Yuma est la même que celle de l’européen civilisé, et a considerer dans leur texture propament logique los principes et les lois de son raisonnement, c’est la même logique que la notre”

Sin embargo, se encuentra todavía inmerso en el seno materno de la naturaleza salvaje, unido por ese cordón umbilical del instinto y la imaginación que le atan en sus expresiones y actividades a la naturaleza de la que se considera parte muy “familiar”. De ahí su conocimiento: sensorial, concreto y emotivo personal.

La razón por la que el hombre primitivo es incapaz de distinguir al símbolo de su objeto y de presentarse ante las cosas considerándolas como algo inerte, opuesto, como objeto, es precisamente porque **no ha logrado disociar en sí mismo el pensamiento (como acto) del contenido de ese pensamiento**. No logra independizarse de la realidad: del YO que piensa, que busca signos, representantes, del mundo-objeto pensado y representado.

El hombre logra disociar el pensamiento de su objeto cuando reflexiona (ej.: el “pienso, luego existo, de Descartes).

El primitivo hombre sensual y emotivo, concretísimo, no podía llegar a tales abstracciones y filigranas de oponerse a sí mismo su propio pensamiento como objetivo. Tenía que contemplarlo materializado, sensibilizado, fuera de sí, para llegar a distinguir entre pensamiento y contenido, entre símbolo del pensamiento y cosas simbolizadas.

Pues bien, fue precisamente la invención de la escritura (y no de la pintura) la que posibilitó esta materialización del pensamiento. En la escritura jeroglífica aparecida en Egipto, el hombre transplanta las imágenes de las cosas y las plasma en figuras estáticas, signos. Con la escritura el hombre llega a objetivar el pensamiento, a someterlo a examen para servirse de él, como utillaje de progreso, como acción. Poco a poco (proceso de aprendizaje) indaga sobre su sentido y finalidad, descubre, analiza, abstrae, ve posibilidades, etc. Así comienza la verdadera reflexión, base del progreso y ciencia. Pero además, la escritura permite asegurar y transmitir los conocimientos e intercambiarlos más fácilmente con otras culturas.

¿Por qué el hombre ha llegado a suplantar a las fuerzas divinas por leyes universales? Puede decirse que en el momento en que el hombre considera a la naturaleza como objeto de escritura hizo que las culturas avanzasen rapidísimamente. Ya hubo posibilidad de dialogo con el “TU”. Las fuerzas divinas enmudecieron. El descubrimiento del “Logos” (Heráclito), del concepto y método inductivo (Sócrates), consagró ya la suplantación de las fuerzas animadas por las leyes y esencias de las cosas. Esto había sido ya precedido por una crítica severa al conocimiento mítico popular realizado por los sofistas y anteriormente por Jenófanes.

I.3. PROYECCIÓN ACTUAL DEL MITO

La crítica clásica ha sido seguida en nuestra época por Combe y Littre, al afirmar que sólo la ciencia (Metafísica y Físico-química) es capaz de darnos un conocimiento válido y objetivo del mundo y el hombre, y que, por tanto, la religión, la mística, la poesía, metafísica,... son simplemente residuos de la mentalidad primitiva, acientífica y mágica. A la era de la esclavitud religiosa y metafísica ha de suceder la de la libertad de la razón, de la ciencia, progreso. A poca distancia de “EL SIGLO DE LAS LUCES”, la conciencia mítica individual y colectiva –violentada por el dominio de la razón- ha explotado con frenesí irracional (tan distante del “equilibrio mítico” de las sociedades primeras), en la aparición de los movimientos totalitarios (en los que el elemento mítico ocupa un papel preponderante haciendo resurgir las tendencias ancestrales del culto a la raza, a la sangre, a las mujeres, a la “personalidad”: Hitler, Mussolini, Stalin,... y tantos otros mitos y tiranos), en los comportamientos provocados en las comunidades o “masas cautivadas” por esos mitos (actitudes fanáticas, irracionales, emotivas, pasivas, agresivas, conflictos de fuerza de clanes, de pueblos); exigencias de fe en un ideal (fe inquebrantable, esperanza absoluta en la historia: Mao nos salvará..., discursos imbuidos de sabor religioso-político, marchas, himnos, rituales, etc.)

A propósito de esto dice Gusdorf: “el mito del s.XX –liberado de todo control tradicional- se ha revelado capaz de todos los excesos y todos los horrores. Arrendado de sus raíces humanas, no es más que una gigantesca intoxicación colectiva, un delirio de autosugestión unánime.

Esto es un hecho significativo de la persistencia de las formas míticas como connaturales al espíritu humano. Y, por otra parte, la convicción que nos deja de que el progreso científico se muestra capaz de satisfacer plenamente las exigencias espirituales del hombre.

Levy- Bruhl destaca la mutua interacción que se da en el pensamiento actual personal (pensamiento positivo-racional y la mítica) para conocer la realidad. El primero se pregunta por las estructural causales, mientras que la segunda se pregunta por el TELOS, por el sentido de valores, y dentro de lo existente, particularmente en el fenómeno humano y su método de conocer son las categorías fiduciales (puntos de referencia), emotivo- artísticas, contemplativas “coloquiales”, intuitivas.

CONCLUSIONES:

El hombre de todos los tiempos ha sentido la curiosidad y la necesidad de conocer, de emplear sus facultades aprehensivas, su perspicacia y su intuición par instalarse en el mundo, para hacerlo más habitable.

Satisface la curiosidad de formas diferentes según el medio ambiente. En el hombre primitivo la forma de conocer su mundo y la realidad entera, tal como la encontramos en las tribus aborígenes actuales y en los restos culturales que nos ha dejado la prehistoria, es la llamada forma mítica de concepción y expresión.

Este tipo de conocimiento es fruto de una experiencia “poético-mágica” de la Naturaleza, surgida de un contacto vivencial del hombre con ella, consecuencia del cual es la elaboración de un núcleo de experiencias vitales de valores, e incluso de verdades, que construirán el núcleo cultural de cada grupo tribal.

Así pues, la concepción que nos ofrecen los mitos respecto al mundo y al hombre es fundamentalmente simbólico-religiosa, cargada de imaginación y emotividad.

Estas concepciones han sido transmitidas por los aborígenes a sus descendientes, plasmados en relatos sagrados (mitos) que han ido pasando por tradición en generaciones sucesivas.

Existe bajo el ropaje simbólico de estas tradiciones un núcleo de verdades vitales y de nociones o valores originarios que el hombre ha recibido, o elaborado, en su experiencia poética de la naturaleza y que estaría en la base de grandes cuestiones filosóficas que van a preocupar al hombre a lo largo de la historia de las diversas culturas.

En el presente trabajo tratamos de dar una visión lo más estructurada y clara posible (siguiendo a los distintos autores que se han especializado en el tema) de cómo el pensamiento mítico no deja de ser una forma de pensamiento connatural al hombre; analizando las causas que este tiene para aferrarse a él. Y si decimos connatural no nos referimos sólo al estadio

primitivo prefilosófico y precientífico, sino que coexiste de forma inevitable en el pensamiento de los hombres de la etapa actual, que se ha dado en llamar “científica”. Es curioso ver cómo no han podido evitar la actitud mitificante pensadores que la han combatido apasionadamente.

Hoy en día es un hecho claro que un conocimiento integral es fruto tanto de las potencias intelectivas como de las simbólico-emotivas.

II- CONCEPTO Y EVOLUCIÓN

DE LA REALIDAD MÍTICA

II-1 - NATURALEZA Y ESTRUCTURA DEL MITO

(Estudios realizados sobre algunas sociedades primitivas)

Desde hace más de medio siglo se estudia el mito en una perspectiva distinta a la que se empleaba en el siglo XIX. : Cómo único camino para llegar a comprender el significado psicológico de las creaciones míticas, en lugar de tratarlo con la acepción de “fábula”, “invención” o ficción, se le acepta tal como lo comprendían las sociedades primitivas. En estas sociedades el mito significaba una historia verdadera, es más, algo de inapreciable valor por ser sagrado, ejemplar y significativo.

Este estudio se dirigirá por lo tanto en primer lugar hacia estas sociedades en las que el mito tiene vida, en el sentido de proporcionar modelos a la conducta y conferir significación y valor a la existencia. Para ello partiremos de los estudios realizados en este campo por Mircea Eliade y expuestos en su libro. “Mito y realidad”, así como de los trabajos de Leenhardt sobre los neocaledonios .

No hay duda de que el comprender la estructura y función de los mitos en las sociedades tradicionales nos ayudará a comprender mejor el sentido de nuestros mitos contemporáneos. Lo que nos importa es captar el sentido de la conducta mítica y comprender su causa. Pues comprenderlos equivale a reconocerlos en tanto que hechos humanos y de cultura, creación de espíritu y no irrupción patológica del instinto, bestialidad o infantilismo.

No hay otra alternativa, o esforzarse en negar y minimizar tales conductas o bien molestarse en comprenderlas.

El mito es para el hombre arcaico un asunto de la mayor importancia, mientras que los cuentos y fábulas no lo son. El mito le enseña las historias primordiales que le han constituido esencialmente, y todo lo que tiene relación con su existencia y con su modo de existir en el Cosmos le concierne muy directamente.

Tal y como es vivido por las sociedades arcaicas tiene los siguientes caracteres:

- 1º- Constituye la historia de los actos de los seres sobrenaturales.
- 2º- Esta historia es considerada verdadera y sagrada.
- 3º- Se refieren siempre a una creación.
- 4º- Al conocer el mito se conoce el origen de las cosas y se puede llegar a dominarlas y manipularlas.
- 5º- Que, de una manera u otra, el mito se vive reactualizado. Las personas del mito se hacen presentes, uno se hace su contemporáneo.

Enfocado en lo que tiene de vivo, no es una explicación destinada a satisfacer una curiosidad científica, sino un relato que hace revivir una realidad original y que responde a una

profunda necesidad religiosa, a aspiraciones morales, a coacciones e imperativos de orden social, e incluso a exigencias prácticas. En definitiva, debemos concebir el mito como los efectos de una estructura social general, imperada por las exigencias de adaptación al mundo.

En este sentido, Lévy-Bruhl en su libro: “Lo natural y lo sobrenatural en las sociedades primitivas” refiere numerosos ejemplos de angustia provocada por la novedad, por la anormalidad. El hombre se defiende de esta angustia cobijándose detrás de las conductas establecidas, la familiaridad asegura. Asimismo la contigüidad de un objeto a un suceso feliz o infortunado confiere al primero un significado correspondiente duradero. Pero es sobretodo el temor a ver separar lo que se cree que no puede existir más que en simbiosis lo que desempeña un papel importante en la fijación por medio del mito. Así, por ejemplo, en Nueva Caledonia, para que perdure el equilibrio del grupo, el plano del pueblo debe representar el equilibrio armónico entre los sexos (en la distribución de los jardines: plantas consideradas masculinas a un lado y las consideradas femeninas a otro). A la misma causa se debe el que sea imposible separar a los vivos de los muertos, y la presencia de estos últimos y del pasado que representan es indispensable para la supervivencia del grupo.

Los comportamientos míticos están sustentados por las actitudes temporales, consistentes en un esfuerzo por canalizar el futuro en las experiencias pasadas. La causa de esta conducta nos resulta fácilmente comprensible si pensamos por un momento que para el hombre primitivo las actividades como la cultura, la caza, la procreación, están penetradas por la angustia del fracaso. El orden es inestable, jamás se está seguro del éxito. Esta angustia aumenta en presencia de un suceso anormal, extraordinario, aunque sea feliz. Para apartar esta incertidumbre el primitivo efectúa el simulacro de lo que desea que se cumpla, simulacros que dan lugar a todo un ceremonial. De un modo parecido, la creencia en el poder de los amuletos, que portan felicidad porque han estado mezclados con acontecimientos felices, testimonia igualmente esta tendencia a dirigir el futuro por el pasado.

Y no obstante el hombre primitivo no puede dejar de reconocer que el acontecimiento no depende de sus actos, sino que es imperado por las potencias sobrenaturales. De aquí va a revelarse una nueva forma de obediencia al pasado, porque estas potencias sobrenaturales que están en los antepasados tienen una virtud permanente, y es que pueden pasar a los hombres si estos realizan ciertos rituales mágicos o religiosos. Lo esencial es no contravenir la tradición que ha permitido a esa virtud manifestarse: obedecer al pasado es entonces identificarse con esas potencias.

Así mismo es indistinto el límite entre vivo y muerto: el muerto es real, cadáver viviente y actuante, siempre presente en el hábitat, a la vez dios y mundo cercano. Este pasado de tradiciones que gobierna las identificaciones no es para los primitivos un pasado: vive en ellos, en torno a ellos, al margen pero también en el corazón de ese tiempo vivido, en el que el pasado y futuro son captados como espacios de presentes.

Así como en las sociedades primitivas era toda la comunidad, o un importante sector de ella, la que revivía, gracias a los rituales, los acontecimientos narrados en los mitos en un retorno colectivo hacia el pasado y en un fenómeno de fijación al pasado; del mismo modo en *el plano individual* la técnica psicoanalítica hace posible un retorno individual al tiempo de origen.

Es Freud quien defiende la idea de que los comienzos de todo ser humano son beatíficos y constituyen una especie de paraíso; pero no queda aquí la cosa, es posible una “vuelta atrás”, por medio de la cual se espera reactualizar algunos acontecimientos decisivos de la primera infancia o de alguna otra etapa anterior al presente. Esto justifica el paralelo con los comportamientos arcaicos, es decir la reactualización de los acontecimientos primordiales narrados en los mitos.

Levy-Bruhl ha señalado que los primitivos tienen tendencia a hacer entrar todos los objetos que añaden a su experiencia en “categorías totémicas” a partir de ciertos caracteres que los acercan a los *tótems* (1) ya admitidos por el grupo. La tribu de los marind-anim, por ejemplo, relacionan un árbol de flores rojas con el tótem del fuego, por razón del color.

Estas relaciones totémicas, sentidas más que pensadas, constituyen, lo mismo que los mitos, una red indefinida donde forzosamente deben entrar todos los seres y los objetos dados en su experiencia. Pero sería simplista afirmar que esta red se elabora solamente a base de asociaciones de imágenes; su construcción obedece a una serie de reglas propias de cada pueblo, está solidamente estructurada. Un claro ejemplo de este fenómeno lo tenemos en el pueblo canaco: todo su pensamiento está dominado por la categoría del sexo. En la naturaleza, la vivienda, la organización social..., todo es hombre o mujer.

Analizando este sistema organizador vemos que presenta dos caracteres opuestos:

- a) Está sostenido por palabras, lo que indica una especie de definición, una relativa fijeza.
- b) Procede de actitudes, sentimientos y afectos, lo que es contrario a una auténtica definición. En realidad es este segundo carácter el que suele vencer.

El ejemplo de la palabra “bao” que en Melanesia se traduce por “dios” puede indicarnos cómo se opera la sistematización. Esta misma palabra se utiliza para designar también: el origen de las desgracias, de muertes, de accidentes, los antepasados desaparecidos, fuentes de dicha aquí abajo, creadores míticos; los muertos, pero también los dioses vivos, los seres extraordinarios, como un animal imponente nunca visto... esta polisemia no procede de semejanzas preceptivas, “todo lo que es extraordinario pertenece a la bao”, el hombre se ve inducido a conferir el término de bao a tal o cual ser a través de sentimientos de admiración, de temor, de muerte, en un estado de angustia exaltada.

De aquí que la sistematización quede indecisa, y que continuamente se operen confusiones, correcciones, racionalizaciones, con la ayuda de las leyendas, que no hacen sino extraviar un poco más a los individuos.

(1)

El tótem es, en primer lugar, el antepasado del clan, y en segundo su espíritu protector. Puede ser tótem un animal una planta o una fuerza natural; sea cual sea, la subordinación a él constituye la base de todas las obligaciones sociales de estas tribus.

II.2.- EVOLUCIÓN HISTÓRICA

El mito, como cualquier otra manifestación de vida, tiene un ciclo vital propio.

A) Al principio de su ciclo, los mitos constituyen las primeras respuestas articuladas del hombre en un intento de hacer frente a los misterios del mundo que le rodea; son tímidos intentos de organizar su percepción del mundo externo y del lugar que ocupa dentro de él, para lograr así, al menos mentalmente, un mínimo de control sobre ello y superar, de alguna manera, la angustia ante el sentimiento de impotencia que, de otro modo, sin duda se generaría.

B) Gradualmente estos mitos adquieren algo más que una función descriptiva y se convierten en guardianes de unas leyes que gobiernan los asuntos del hombre y sus dioses.

A partir de este punto el mito tiende a bifurcarse en dos ramas aparentemente opuestas:

- La rama RELIGIOSA
- La rama CIENTÍFICA O PRECIENTÍFICA.

La rama religiosa abarca desde las prácticas mágicas y las ceremonias sagradas hasta una liturgia elaborada, apoyada en la pretensión de una revelación divina y en la promesa de la salvación en el Más Allá. Llega a un punto culminante con el advenimiento de una personalidad carismática: un Buda, un Mesías, etc... Finalmente puede petrificarse en un dogma presidido y guardado por instituciones eclesiásticas autoritarias.

En este sentido resultan realmente de interés los intentos de algunos teólogos de herencia judeo-cristiana de despejar el mito de sus ingredientes más gravosos y desplazar la carga de su poder y eficacia hacia una esfera religiosa expurgada y resantificada.

Un proceso paralelo de desmitificación puede verse en la rama científica de la citada bifurcación. El mito, una vez despojado de sus fundamentos y su carga religiosa, queda reducido a un tumulto desacreditado de creencias no demostradas o francamente falsas, y, en la actualidad, lo que quedaba de él ha sido sometido a la creciente tendencia racionalista del hombre occidental.

De todos modos, la cualidad de pervivencia arquetípica de gran número de motivos mitológicos es un factor que pone en duda cualquier generalización hecha a la ligera respecto a su naturaleza y su evolución.

Pero el hecho es que, llámese religión, magia o mezcla de ambas, el hombre moderno se ha hecho desconfiado a todo ello. Para los herederos de los éxitos de Edison o Ford, la magia queda encerrada en un aparato de radio de tamaño miniatura; los milagros se

logran en los laboratorios y los mitos son teorías pseudocientíficas cuya inexactitud fue comprobada ya hace tiempo. Dio se mostró muy hábil haciendo árboles, pero el hombre es casi tan hábil haciendo máquinas. Un “primus movens” pudo haber sido necesario para que el “mecanismo” funcionase, pero a partir de entonces Él se ha convertido en una “hipótesis innecesaria”.

Según la leyenda, hace más de dos mil años, una voz anunció a través de las olas del Mediterráneo que el Gran dios Pan había muerto. En el umbral de Sº XIX Nietzsche proclamó la muerte de sus sucesores judeo-cristianos y en las décadas siguientes millones de hombres han repetido el grito del Ocaso de los Dioses.

El mundo, anteriormente santificado por la fe y sostenido por el mito, o por lo menos por el dogma, se ha convertido en un desierto espiritual, en campo de batalla de las fuerzas socio-económicas de los bloques de poder y de las ideologías políticas.

Por fin el hombre moderno parecía haberse emancipado. Se había apartado de las falsedades de los mitos. Había vencido la “monstruosidad de la superstición”. El “misterium tremendus” del universo ya no constituía una amenaza para él.

Sin embargo ahora, cuando tiene que enfrentarse a sus limitaciones personales, al sufrimiento y la enfermedad, y se ve obligado a reconocerse como único responsable de sus actos como ser plenamente libre, y a resolver sus conflictos internos y frustraciones que son reflejo de las inexorables demandas de la sociedad y de su conciencia, puede perder su aplomo y hallar poco consuelo en las adquisiciones científicas.

Es entonces cuando sale a relucir un aspecto olvidado de su personalidad, es el aspecto del niño que teme la oscuridad, de su antepasado paleolítico que se escondía en la oscura cueva, del hombre moderno en un universo despojado de valores, objetivos y significado. Es entonces cuando el agnóstico tiende a recurrir a la religión; el hombre sencillo a la magia y el mito; el escéptico al consuelo médico de la psicoterapia.

Es también cuando el hombre moderno tiene miedo de su soledad y de su responsabilidad y busca, inconsciente o conscientemente, sumergirse en la masa y hacerse uno con ella, despersonalizarse, volver al estado tribal primitivo; de esta forma, participando de las ideas y los mitos que influyen en la masa, se libera de la angustia que le producía el sentirse libre y único.

=====

III.- FUNCIÓN PSÍQUICA DEL MITO

III.1.- GENERALIDADES.

“Los mitos proporcionan esos puntos de apoyo y descanso en que tanto los individuos como las culturas encuentran su estabilidad”.

(Martín Sagrera)

Es preciso recordar que la psicología no se limita al estudio de las representaciones, creencias y reacciones conscientes, sino que pretende conocer cómo se han constituido estas, qué desequilibrios y motivaciones las han provocado, qué transformaciones y qué actitudes inconscientes han resultado de ellas. Hay que buscar, en el conjunto de prácticas, las necesidades que semejantes construcciones permiten satisfacer.

Para comprender las conductas simbólicas haría falta poder definir las principales alienaciones que sufren los hombres, ya sea por efecto de sus impotencias técnicas, sociales o psicológicas.

El mito no trata, como la razón, de objetivar; sino de subjetivar, acercar, calentar. De aquí que en este estudio no se trate de analizar, sino de sentir, reviviendo en lo posible las circunstancias que le dieron a luz; sólo mediante el conocimiento de sus fuentes afectivas será posible comprenderlo.

El psicoanálisis ha señalado cómo el mito está profundamente enraizado en la naturaleza humana, referido a preocupaciones vitales y emanado de ellas; es la respuesta del hombre ante un obstáculo, la expresión de un deseo de hacerse dueño de una situación difícil y dominar las circunstancias. Por esa misma naturaleza psicológica es obvio que el mito surja en todo tipo de circunstancias alienadoras, opuestas al equilibrio de la naturaleza humana, y que no se puedan o no se sepan resolver de un modo efectivo.

En este trabajo vamos a hacer hincapié únicamente en las causas psicológicas, dejando de lado las causas físicas que pueden contribuir a la formación de mitos.

Podría decirse “grosso modo” que los mitos corresponden a una mentalidad primitiva, pues en épocas arcaicas el mito tiene un papel tan característico que nos permite calificarlas de épocas míticas.

El principal problema que se nos plantea en este intento de comprensión es que resulta muy difícil para el hombre moderno comprender los mitos primitivos por cuanto su mente se encuentra sometida a un proceso multimilenario de diferenciación. La diferencia estriba en la mayor disciplina intelectual del hombre actual, cuya lógica es más rigurosa debido a su mayor experiencia. Visto el asunto a la inversa, la delimitación intelectual a la que se somete el hombre de hoy resultaría incomprensible al primitivo que quiere juzgarlo “todo” y comprenderlo “todo”.

Para este siempre hay una respuesta preparada allí donde para el moderno nace la duda y el esfuerzo para salir de dudas, sin recurrir a la demasiado sencilla función de las leyendas.

Una mayor comprensión del modo de pensar del hombre primitivo podemos tenerla a través de dos analogías con el momento actual: el sueño y el pensamiento infantil.

La interpretación psicoanalítica de los mitos está íntimamente ligada a una equiparación entre mito y sueño. Se ha demostrado que el mecanismo del sueño libera deseos reprimidos por la censura mental del estado de vigilia. En este sentido el sueño manifiesta las tendencias ocultas no solo de cada persona, sino de cada cultura. Más de un mito ha tenido su raíz en el hecho de confesar deseos revelados por los sueños, deseos que al encarnar tensiones colectivas y al ser compartidos por los otros miembros de esa cultura, han asegurado su éxito. Por otro lado, el carácter extraordinario y maravilloso de los sueños los transforma fácilmente en sobrenaturales.

Hemos de añadir que aún siendo lógico que muchas de las sociedades míticas valoren de una u otra forma los elementos del sueño, estos lleguen a formar parte del material mítico; hay que suponer que aún en estos casos los mitos se encontrarán mezclados con asociaciones y experiencias de la vida real.

¿Podría entonces considerarse el mito desde el punto de vista filogenético como lo que es el sueño en la vida individual, y afirmar con Freud que el mito es el sueño secular y colectivo de un pueblo? Tal vez, pero faltan estudios a ese respecto para poder afirmar algo de un modo tan tajante.

Otro estadio comparable al del hombre primitivo en la falta de desarrollo de las facultades humanas es el del niño. Evidentemente el primitivo es cronológicamente adulto, pero tiene retrasos notables en su desarrollo. La comparación pues entre el pensamiento primitivo y el infantil es fecunda. Como ejemplo podemos remitirnos, aunque con las debidas reservas, a la comparación que hace Freud (5) entre algunos comportamientos infantiles ante los animales y la época totémica de algunas culturas.

Aparte de lo que el psicoanálisis sugiera a este respecto, lo cierto es que en ambos casos encontramos una mentalidad totalizante, apegada a lo sensible, inclinada a lo sobrenatural, ansiosa de saber y dispuesta a explicarlo todo.

Y es que debemos recordar que la ontogénesis repite en grandes líneas la filogénesis; las etapas de la historia del mundo las encontramos en la historia de cada individuo, y en ambos casos sucede que las que se creen ya superadas emergen con frecuencia, de manera que creer en estadios superados definitivamente sería un error.

De la continua presencia del mito en la realidad humana se desprende que debe tener dentro de ella una importante función: Revelar modelos, proporcionar así una significación al mundo y a la existencia humana. Por ello su papel en la evolución de la humanidad es inmenso. Gracias al mito las ideas de realidad, valor, trascendencia, se abren paso lentamente y el mundo se deja aprehender en cuanto Cosmos perfectamente “articulado”, “inteligible”, “significativo”.

Al contar cómo fueron hechas las cosas, los mitos revelan por quién y por qué lo fueron y en qué circunstancias. Todas estas revelaciones comprometen más o menos directamente al hombre y le hacen posible la adaptación y asimilación de unas circunstancias que, tal vez de otro modo, hubieran resultado traumatizantes.

III. 2 .- ASPECTO INDIVIDUAL

“El mito revela un descanso de la conciencia, un despido momentáneo de la razón. Proporciona el confort del espíritu”.

(Sauvy)

Todo lo que el hombre tiene en común con los otros seres no debe hacernos perder de vista lo que constituye su característica singular: el pensamiento y la actuación libres. “En lo más profundo del hombre y como raíz de su individualidad se encuentra su libertad” (9). Pero el deseo de seguridad y el temor a la responsabilidad le inclinan con frecuencia a esconderse entre el resto de los otros seres y negar su libertad.

En este análisis sobre el mito queremos mostrar cómo este tipo de pensamiento es en el fondo el pensamiento típico y exclusivamente humano.

Para situarnos en el tema seguiremos a Erich Fromm en su obra “el corazón humano”.

El hombre, como los demás animales, tiene inteligencia, que le permite alcanzar objetivos prácticos; pero tiene también otra cualidad mental de la que carecen los animales: tiene conocimiento de sí mismo, de su pasado y de su futuro, que es la muerte; de su pequeñez e impotencia; conoce a los otros como otros: como amigos, como enemigos o como extraños. **El hombre trasciende de la vida de otro porque es, por vez primera, consciente de la vida de sí mismo.** El hombre está en la naturaleza, sometido a sus dictados y accidentes, pero trasciende de ella porque carece de la ignorancia e inconsciencia que hace al animal parte de esta.

Y de este modo el hombre se encuentra entre el conflicto de ser prisionero de la naturaleza pero libre en sus pensamientos; de ser parte de la naturaleza y ser sin embargo una rareza de ella; de no ser en definitiva ni de aquí ni de allí.

El conocimiento que el hombre tiene de sí mismo le hizo un extraño en el mundo, aislado, solitario y amedrentado.

¿Qué puede hacer para luchar contra ese miedo inherente a la naturaleza? ¿Qué puede hacer para encontrar una armonía que le libere de la tortura de la soledad y le permita sentirse en el mundo como en su casa, encontrar un sentimiento de unidad?

La respuesta que tiene que dar a esas preguntas no es una respuesta teórica, sino una respuesta de todo su ser, de su sentimiento y de su actuación. Puede ser mejor o peor, pero aún la peor respuesta es mejor que ninguna. Hay una condición que debe llenar toda respuesta: debe ayudar al hombre a vencer su sensación de aislamiento y a adquirir un sentido de unión, de pertenecer a un conjunto.

Según Erich Fromm, el hombre puede reaccionar de dos formas distintas:

a) A la primera respuesta para trascender del aislamiento la llama Fromm “respuesta regresiva”: si el hombre quiere liberarse del miedo a la soledad y la inseguridad puede tratar de volver al lugar de donde vino. A la naturaleza, a la vida animal o a sus antepasados. Puede tratar en definitiva de deshacerse de lo que le hace humano y sin embargo le tortura: su razón y el conocimiento de sí mismo.

Parece que el hombre trató de hacer precisamente esto durante centenares de miles de años. La historia de las religiones primitivas es el testimonio de este intento, y lo es también un estado psicopatológico grave en el individuo. De una u otra forma encontramos, tanto en las religiones primitivas como en la psicología individual el mismo estado patológico grave: la regresión a nivel de la existencia animal, el estado de pre-individuación, el intento de prescindir de lo que es específicamente humano.

Si las tendencias regresivas las comparten muchos tenemos el panorama de “la folie á millions” (locura colectiva); y el hecho mismo del consenso hace que la locura parezca prudencia, y la ficción realidad.

b) La alternativa a la solución regresiva del problema de la existencia humana es la solución “progresiva”, la de encontrar una armonía nueva no por regresión, sino por el pleno desarrollo de todas las potencias humanas dentro de uno.

Independientemente de estas alternativas de respuestas del hombre ante lo desconocido, que vendrán informadas en gran parte por la estructura personal del individuo, es necesario señalar cómo puede el mito entrar a formar parte de los esquemas pensantes del hombre:

La fuente de nuestro conocimiento es el acto de afirmación. Este se ejerce de dos formas distintas:

a) Objetos libres de ejercicio y no de especificación. Por ejemplo el raciocinio matemático de dos más dos, cuatro. Podemos elegir entre considerarlo o no, pero una vez que lo hacemos la conclusión es independiente de nuestra voluntad.

b) Objetos no libres de ejercicio, pero sí de especificación. Se da respecto a otro tipo de objetos intuitivos, oscuros, subjetivos, (Ej. La existencia de un Dios personal) en cuanto que son aspectos importantes de una cuestión tan básica para el hombre como es la concepción del mundo y la vida, no son libres en cuanto a su ejercicio, sino necesarios en su planteamiento, aunque no lo sean en cuanto a su especificación, es decir las conclusiones que de estos planteamientos pueden sacarse son múltiples.

Este último tipo de pensamiento es el que corresponde al modo de pensar típico y característico del hombre, es decir: del ser libre. Y es esta libertad humana concebida como capacidad de desligarse y abstraerse de la materialidad y uniformidad instintiva de las cosas, es decir, una mayor espiritualidad, la que ha permitido el avance extraordinario que hoy observamos en el campo del conocimiento de las cosas no libres.

...Pero el pensamiento, como toda actividad humana, supone un esfuerzo, y este esfuerzo sólo se realiza en la medida que exista una necesidad que obligue a realizarlo. Sólo quienes se debaten entre el sufrimiento y la angustia buscan una solución a los problemas que les acosan; no tiene pues nada de extraño que nunca brille tan alta la inteligencia como cuando busca una solución adecuada al problema del mal y de lo irracional mediante una filosofía, una religión o una mitología adecuada. Pero como nace de una necesidad, de un desequilibrio, lleva siempre su marca.

Antes de seguir adelante debemos aclarar que esta exaltación de la mitología debe ser bien entendida: no le damos un valor absoluto; reconocemos que es un mal, pero un mal menor, un antídoto. Esto explica los complejos sentimientos que la mitología, la religión y la filosofía ejercen en las distintas categorías de personas, ya que según el distinto tipo de “enfermedades” que padecen, las podrán considerar como beneficiosas o dañinas.

El hecho de que la mitología a parezca siempre en un contexto de irracionalidad no debe hacernos pensar que sea siempre la causa de la irracionalidad, antes al contrario, puede ayudarnos a combatirla.

Veamos un ejemplo de cómo se desarrolla el proceso psicológico:

Cuando por cobardía o imposibilidad de actuación el hombre se cierra en su pensamiento buscando una solución verbal a un problema vital (y no buscando una actuación libre contraria al mal que se ha presentado) termina proyectando ilusoriamente su responsabilidad en otro ser físico o moral distinto de sí mismo, para justificarse y no mejorar.

Es entonces cuando la mitología, cumpliendo una función social, releva al hombre de la responsabilidad de cuanto le ocurre, le une al resto del universo, y le anima con la configuración de un pasado para imitar o un futuro para realizar (extraterrenal o terrenal). En el mundo cerrado y armónico del mito el hombre hallará los apaciguamientos necesarios para las múltiples angustias que atraviesan su vida.

El individuo intenta interceptar su propia visión de lo real, porque la vida es por lo pronto un caos donde él está perdido; le aterra enfrentarse con esa realidad y procura ocultarla con un telón fantasmagórico donde todo está muy claro. Le trae sin cuidado que “sus ideas” no sean verdaderas siempre y cuando le consuelen y le den seguridad.

Esta función confortadora del mito era necesaria en el hombre primitivo, tan próximo al niño, sujeto a mis dependencias e incertidumbres. No era muy tranquilizador para él darse cuenta de hasta qué punto era impotente; la magia le evitaba tener que hacer esa comprobación.

...Y es en este aspecto en el que los mitos pueden ser útiles en la lucha con el momento presente, pero su uso debe ser prudencial. Cuando la fe en ellos es demasiado intensa, obsesiva, se acaba por despreciar el presente para llorar un pasado perdido o sacrificarse inhumanamente por un futuro.

III. 3. ASPECTO SOCIAL

Una vez analizado el mito en su aspecto individual, no podemos dejar de lado su dimensión social como fenómeno humano que es. De aquí que el principal factor de la necesidad del simbolismo mítico debe buscarse en la aspiración general de todas las sociedades al mantenimiento de la armonía del grupo, amenazada a menudo por las tentaciones que experimenta el individuo de escapar a la conducta normal. Esta aspiración se manifiesta en la angustia que el hombre siente en su lucha contra la naturaleza, en sus discusiones con los demás. Esta angustia no puede desaparecer sin provocar una reacción de defensa, que es preciso denominar: “busca y sentimiento de participación”. La participación así comprendida es el acto, guiado por la creencia pero subrayado por sacudidas afectivas, mediante el cual el individuo va a poder salir de su individualidad peligrosa, nefasta; y podríamos definirla como búsqueda de totalidad. De este modo el individuo pone fin a su aislamiento: supera todo lo que le separa del otro sexo y de las generaciones pasadas, todo lo que puede privarle de la participación en el grupo; haciendo intervenir para ello todo el conjunto de funciones psicológicas que están todavía muy lejos de estar especializadas, como entre nosotros hoy.

Vamos a tratar brevemente de dar una visión de los respectivos papeles que juegan el individuo y la sociedad en la construcción de lo imaginario mítico.

A) En un primer plano tenemos la necesidad del individuo de no permanecer en un mundo extraño y mudo. Intenta, como el niño en sus juegos, domesticar las cosas y los seres. Este imaginario desorganizado es análogo a los sueños; por sí mismo sería incapaz de conducir al mito pero es indispensable para enriquecer las construcciones colectivas y darles vida.

B) En un segundo plano intervienen la regulación y enriquecimiento de ese imaginario individual por la tradición mítica. Esta, guiada por las mismas preocupaciones fundamentales que actuaban en el imaginario individual, va poco a poco a constituirse en un sistema bajo la influencia de las reglamentaciones sociales. Se establece un cuerpo de correspondencias que se enseñan y llegan a hacerse obligatorias, de suerte que cada imagen espontánea que nace en un sujeto se ve solicitada por el sistema a transformarse para reconciliarse con los estereotipos de la tradición.

Los vaivenes entre estos dos planos aseguran la corrección y asimilación progresiva de las aportaciones espontáneas.

Cada sociedad, según su modo de ser, concibe de manera peculiar su unidad, y, al expresarla, toma conciencia de su existencia. Según Corts: el mito no sólo satisface la necesidad intelectual de saber, comprender y sirve de base a la religión de las sociedades primitivas; también termina con la desunión entre los hombres, implanta la unanimidad, es un elemento indispensable en cuanto a símbolo unificado del grupo social en cuyo seno se elaboró.

En periodos de calma y libertad social el mito toma formas más flexibles, complejas y caprichosas, y en algunos casos originan una anarquía tal que amenaza con destruir esa

sociedad; entonces se desencadena una reacción de sentido contrario y a la imaginación turbulenta de unos y a la crítica de otros se opone una sólida creencia que es el dogma: forma estereotipada del mito. Cassiner afirma a este propósito: "...en las situaciones desesperadas el hombre buscará siempre refugio en medios desesperados -ejemplo los mitos políticos de nuestro tiempo-. Cuando no se llega a resolver un problema con la ayuda de la razón queda siempre la "ultima ratio", la fuerza de lo milagroso y de lo misterioso.

Durkheim sostiene que. "Las ideas compartidas por toda una sociedad obtienen, en razón de esa unanimidad, una autoridad que las hace sacrosantas y las libra de toda crítica. Para que se vuelvan más tolerantes hace falta que sean de nuevo objeto de una adhesión menos general."

=====

IV- ASPECTOS MÍTICOS DE LOS SISTEMAS RELIGIOSOS

IV-1 .- EVOLUCIÓN HUMANA Y RELIGIÓN

“No existe el problema del origen de las religiones; la religión aparece en la historia como respuesta a una necesidad universal de los seres humanos; el único problema por resolver lo constituye el origen psicológico”.

(Henri Berr)

“El ascenso del espíritu”

En lo que respecta a la problemática entre el mito y religión existen las opiniones más dispares. Ciertamente es que el mito y la religión tienen mucho en común y, en este sentido, podríamos estar de acuerdo con los que afirman que la función fundamental del mito es la religiosa. No obstante Caillois sostiene que la vía de salvación para encontrar la significación de los mitos es la de su función social. En realidad ambas explicaciones se complementan al explicar la relación del sujeto con otros seres más o menos personalizados. Los mitos políticos son más exteriores, más sociales, mientras que los mitos religiosos corresponden a problemas más interiores o individuales.

Este apartado que trata de analizar la psicología de la religión está basado en la obra de Erich Fromm, uno de los humanistas más famosos de nuestros días.

Lo que se denomina amar a dios, es decir la religión, surge de la necesidad psicológica de superar la separatividad y lograr la unión, que como hemos visto es el sustrato general de todas las creencias míticas.

En todas las religiones teístas dios representa el bien más deseable. Por tanto, el significado específico de dios dependerá de cual sea el bien más deseable para una determinada persona. Si queremos comprender el concepto de dios debemos comenzar por analizar la estructura psicológica de la persona que ama a dios.

Hasta donde tenemos conocimiento, en el comienzo de la historia humana, el hombre, si bien expulsado de la unión original con la naturaleza, se aferra a los lazos primarios naturales

porque en ellos encuentra seguridad. De tal manera se siente identificado con los animales y las plantas que, a menudo, un animal se transforma en un tótem.

En una etapa posterior, cuando la habilidad del hombre se ha desarrollado hasta alcanzar la del artesano y no depende exclusivamente de la naturaleza, transforma el producto de su propia mano en un dios (ídolos hechos de arcilla, plata y oro) y así, a distancia, adora sus proezas.

Sólo cuando el hombre se torna más consciente de sí mismo y cuando se “descubre” como la cosa más elevadamente digna en el mundo, es cuando da a sus dioses forma humana. Es en esta fase de adoración a un dios antropomórfico donde encontramos una posible evolución en dos dimensiones: Una referida a la naturaleza femenina o masculina de los dioses, la otra al grado de madurez alcanzada por el hombre, que determina la naturaleza de sus dioses y su amor a ellos.

De acuerdo con los descubrimientos de Bachofen y Morgan, a mediados del siglo pasado, no parecen existir dudas acerca de una fase matriarcal en la religión, antes que la patriarcal en la mayoría de las culturas. En esta fase el ser superior es la madre. Es la diosa y el ser superior en la familia y en la sociedad. El amor de la madre es incondicional, como es omniprotector y envolvente. Puesto que la madre ama a sus hijos porque son sus hijos y no porque sean buenos y obedientes, el amor materno se basa en la igualdad. Todos los hombres son iguales porque todos son hijos de la madre Tierra.

La etapa siguiente de la evolución humana la conocemos perfectamente sin necesidad de confiar en reconstrucciones, es la fase patriarcal. En ella el padre desplaza a la madre y se convierte en el Ser supremo, en la religión y la sociedad. La naturaleza del amor del padre al hijo dependerá de la obediencia de este a sus demandas. Como consecuencia la sociedad patriarcal es jerárquica, y la igualdad de los hermanos se transforma en competencia.

Sin embargo, y puesto que es imposible arrancar del corazón humano el anhelo de amor materno, la figura de la madre no se expulsó totalmente de la religión. En la religión judía por ejemplo, los aspectos maternos de dios vuelven a introducirse en las corrientes místicas. En la religión católica la iglesia y la Virgen simbolizan a la Madre.

De este modo observamos que el carácter del amor a dios depende de la respectiva gravitación de los aspectos matriarcales y patriarcales de la religión. El carácter patriarcal me hace amar a dios como un padre justo y severo, que castiga y recompensa. En el aspecto matriarcal amo a dios como a una madre omnímoda, tengo fe en su amor y sé que pese a que haya pecado me seguirá amando y no amaré a ninguno de sus hijos más que a mí.

Otro factor es el grado de madurez alcanzado por el individuo en su concepto de dios y de su amor a dios:

Es principalmente en el desenvolvimiento de la religión patriarcal donde podemos observar el desarrollo de un amor maduro. Al comienzo encontramos a un dios despótico, celoso, que considera que el hombre es de su propiedad y tiene derecho a hacer con él lo que quiera. Más tarde dios hace un pacto con los hombres, un pacto en el que él mismo se compromete, ahora ya no está atado sólo por sus promesas, sino por su propio sentido de justicia.

Pero la evolución va más allá de transformar a dios de la figura de un padre despótico en un padre amante, en un padre que está sometido al principio que él mismo a postulado; tiende a que dios deja de ser la figura de un padre, de un hombre, de una persona y se convierta en un símbolo de sus principios: la justicia, la verdad y el amor.

Dios no puede tener un nombre. Un nombre siempre denota una cosa, o una persona, algo finito. ¿Cómo puede Dios tener un nombre si no es ni un apersona ni una cosa? Si seguimos la maduración de la idea monoteísta en sus consecuencias ulteriores sólo llegamos a una conclusión: no mencionar para nada el nombre de Dios, no hablar acerca de Dios. La persona verdaderamente religiosa que capta la esencia de la idea monoteísta no reza por nada, no espera nada de Dios; no ama a Dios como un niño a su padre o a su madre. Dios se convierte para ella en un símbolo en el que el hombre, en una etapa más temprana de su evolución ha expresado la totalidad de lo que se esfuerza por alcanzar, el reino del mundo espiritual, del amor, la verdad y la justicia. Tiene fe en los principios que “Dios” representa, piensa la verdad, vive el amor y la justicia y considera que su vida es valiosa sólo en la medida en que le da la oportunidad de desenvolver plenamente sus poderes humanos.

Resumiendo, tenemos que en la historia de la raza humana el hombre ha evolucionado desde el comienzo de su amor a Dios como la desesperada relación con una diosa madre, a través de la obediencia a un Dios paternal, hasta la etapa madura en la que Dios deja de ser un poder exterior, en la que el hombre ha incorporado en sí mismo los principios del amor y la justicia, en la que se ha hecho **uno con Dios** y, eventualmente, a un punto en el que sólo habla de dios en un sentido poético o simbólico.

De cualquier modo, debemos entender esta evolución en último término como algo eminentemente personal. En la religión contemporánea encontramos todas las fases anteriormente descritas, desde la más antigua y primitiva hasta la más elevada. Cada individuo conserva en su inconsciente, sea cual sea el grado de evolución alcanzado, todas las etapas, desde el infante desvalido en adelante. La cuestión es hasta qué punto ha crecido.

IV-2- DE LA MÍSTICA AL DOGMA.

Anteriormente hemos defendido que el origen de todas las mitologías, religiones y filosofías se encuentra en el problema del mal, sólo ante el sufrimiento el hombre es capaz de realizar un esfuerzo de este tipo, que le ayude a sobrellevarlo. Pero si el problema del mal es el mayor, el único problema; “lo principal en la vida no es un problema, sino la vida misma” (Martin Sagrera) y la experiencia existencial que de ella se tiene. De este modo resulta que en la comunión con la realidad es donde fija el hombre su atención y para expresarla crea sus mitos.

La perfecta comunión con la realidad la realiza el hombre mediante la autoposesión de su ser, lo que nos da el grado de personalidad alcanzado por el individuo.

El hombre que mejor realiza, o mejor cree realizar, esta autoposesión de su ser, según Sagrera, es el místico: es el hombre que, partiendo de las ideas y modo de vida de sus contemporáneos llega a tocar el fondo de la vida de modo suficientemente fuerte como para darse cuenta refleja de ella, encontrando una relación afectiva para con el mundo concebido como un todo.

La transformación que como consecuencia surge en tal hombre es radical: ha realizado al fin la personalidad que en los demás está sólo potencialmente, y ahora siente que todo cuanto hasta hoy ha hecho es como un puro ensueño. En esta situación la tentación de dejarlo todo es grande (Buda o Pablo); pero el sentido de responsabilidad social se impone y el místico decide predicar la buena nueva de la posibilidad de autenticidad.

Un grave obstáculo surge sin embargo ante este celo apostólico: la experiencia mística es algo tan personal que es en definitiva incomunicable. Tan sólo se puede indicar, de alguna manera, el camino a seguir para que cada cual intente hacerlo personalmente, todo concepto es insuficiente. Ni que decir tiene que el resultado de este intento de comunicación no sólo no corresponde a la verdadera experiencia, sino que tampoco refleja su valor ni proporcionalmente.

Esta deficiencia no es captada por sus seguidores, quienes tienen la suerte no sólo de recibir muchas más enseñanzas de la que pasarán, estereotipadas, a la posteridad, sino de encontrarse subyugados por la presencia, dinámica y atractiva del místico.

Las nuevas generaciones de discípulos se van encontrando con el único recuerdo del maestro: sus palabras, que en un ansia de fidelidad y un desconocimiento creciente del medio que las hacía inteligibles, se van interpretando de modo más y más literal, con lo cual las escuelas de doctrina se hacen cada vez más herméticas, mientras que la verdadera herencia del maestro se convertirá, por asimilación vital, en patrimonio general de la sociedad, haciéndose de este modo progresivamente inútil la existencia de ese grupo exclusivista de discípulos.

Dado que esta degradación religiosa es frecuente en nuestro estadio cultural, analizaremos ahora sus repercusiones:

Ya hemos visto que cuando las enseñanzas de un místico se van haciendo ininteligibles dejan de ser captadas por sí mismas y la gente se adhiere a ellas gracias a la autoridad prestigiosa del maestro.

A la vivencia sucede la creencia, y al conocimiento la obediencia.

Para aumentar la fe, para conseguir una adhesión más profunda a las enseñanzas del antiguo maestro, se intenta exaltarlo lo más posible, considerándolo como un hombre santo en relación con la divinidad, o incluso llegando a divinizarlo, simplemente. Esta es la fe típica en la revelación, cada vez más artificiosa, que modela y estandariza los sentimientos religiosos, obviando la dificultad de interpretar los textos sagrados según el espíritu del fundador.

Pero si se piensa en el origen de la creencia como una “revelación directa de Dios” se debe al desconocimiento por parte de los discípulos del significado original de las enseñanzas del maestro o del deseo de imponerlas autoritariamente y de distinguirse de los demás pueblos... No obstante, se podría aducir a esto que no pocos místicos han afirmado ellos mismos desde el principio ser meros instrumentos de Dios, en el sentido más material y pasivo. En este sentido podemos pensar que existen causas parecidas a las que inducen a error en el campo colectivo.

No es que pongamos universalmente en duda la sinceridad de tales profetas – aunque no se pueda negar que en algunos casos la adhesión a un grupo cuya moral se quiere levantar poniendo de relieve el valor sagrado de ciertas doctrinas puede dar origen a desviaciones importante-. Sin perder de vista esta posible desviación consciente, debemos detenernos en el hecho de que el místico frecuentemente afirma convencido que su revelación viene de Dios, y esto literalmente.

La psicología viene a explicarnos la naturaleza propia de la inspiración. Delacroix la define como “un modo particular de introducción en la conciencia de ideas, impresiones y movimientos cuya elaboración se ha realizado previamente a nivel subconsciente, independientemente de la voluntad del sujeto, bien sea que surjan repentinamente, bien que maduren poco a poco. Como todos los fenómenos psíquicos se encuentra potencialmente en todos los hombres, pero se desarrolla más en los que se dedican a las ciencias del espíritu. Los ejemplos entre artistas y escritores son innumerables. De este modo vemos, y no sólo para los escritores religiosos, que existe en este fenómeno un estado de particular pasividad, el cual es a veces tan repentino que aumenta la admiración y la sensación de pasividad ante el.

Los cristianos adoptaron frecuentemente una posición de simpatía hacia este hecho. Aún hoy, la teoría de la influencia del subconsciente en la inspiración religiosa será considerada como sacrílega por quienes estiman blasfemo el considerar los mitos como parte de la religión. Así, en nuestros días, hay muchos que se niegan a aprovechar los descubrimientos de la psicología moderna porque temen acabar con toda religiosidad. Pero merece la pena insistir en que el estudio conjunto del mito social y del subconsciente individual nos ayudará a comprender mejor la verdadera naturaleza de la revelación y por lo tanto de la religión y del hombre mismo.

V – LOS MITOS COMO REALIDAD PRESENTE

V.1- ¿ESTÁN EN CRISIS LOS MITOS?

En un época determinada de la historia las grandes mitologías como la griega y la india se sienten atraídas por la narración de las gestas de los dioses, hasta que una élite comienza a desinteresarse de esta historia divina y llega a no creer ya en los mitos, a pesar de pretender creer todavía en los dioses. Es este el principal ejemplo conocido de un proceso de “desmitificación”. Después de esto, las mitologías griega y brahmánica no podían ya representar para las élites respectivas lo mismo que habían representado para sus abuelos.

Más tarde, en un grado más alto en la evolución del pensamiento, la especulación filosófica persiguió un acceso a lo esencial por medio de un retorno prodigioso hacia atrás (quizás en este sentido podría decirse que las primeras especulaciones filosóficas tienen algún paralelo con las mitologías); pero no es ya un regreso obtenido por medios rituales sino un retorno hacia atrás operado por un esfuerzo de pensamiento.

Sin embargo, la desmitificación de la religión y el triunfo de la filosofía rigurosa y sistemática no abolieron definitivamente el pensamiento mítico. Tan sólo gracias al descubrimiento de la historia, o más exactamente, al despertar de la conciencia histórica con el judeo-cristianismo, tan sólo gracias a la asimilación radical de esta nueva manera de “ser en el mundo” que representa la existencia humana, se pudo superar el mito.

Pero sería erróneo afirmar que el pensamiento mítico haya sido abolido. Como más tarde veremos a logrado sobrevivir, aunque radicalmente cambiado, por no decir camuflado.

Respecto al ocaso de las mitologías decía Marx: “Ya mágica, ya religiosa, toda mitología domina y encauza las fuerzas de la naturaleza en el campo de la imaginación y por medio de la imaginación dándoles su forma; la mitología desaparece cuando tales fuerzas son realmente dominadas.

El camino que se debe seguir en la teoría de la necesidad de utilización de los mitos desde el punto de vista psicológico dependerá, naturalmente, de las circunstancias. Pero en general hoy en día su papel parece que debe disminuir fuertemente, junto con las circunstancias que lo justificaban.

Admitamos que si bien una libertad de pensamiento ilimitada llevaría al caos, tanto en el campo intelectual y político como en el psicológico (desintegrando la personalidad); el extremo opuesto, que parece que quiere justificarse por ese peligro, es por completo impropio de nuestro tiempo. No olvidemos que, aunque la integración social es un gran bien, esta socialización no puede ya hacerse en la comunión de un único mito, sino que la paz social pide en nuestros días la

posibilidad de criticar todo mito. Paralelamente, en el campo psicológico, no es sólo la aceptación de los mitos lo que da serenidad y equilibrio, sino la posibilidad de discutirlos y aceptarlos sólo relativamente.

La solución no debe buscarse en una marcha atrás, partiendo de los que tenemos debemos progresar y no regresar. Dado el progreso unilateral de las ciencias técnicas, se impone un desarrollo acelerado de las ciencias sociales y psicológicas que permita integrar al hombre en ese mundo nuevo y desconocido de sí mismo y de los otros, que le inquieta hasta el punto de hacerle recurrir a antiguos métodos para enmascarar míticamente su temor. La ciencia ha ido ya demasiado lejos para poder detenerse a mitad del camino, no basta que no demuestre nuestra insignificancia, es necesario que nos haga capaces de soportarla.

En esta época, eminentemente racionalista, en la que los mitos parecen estar en franca crisis, debemos plantearnos si tal vez sólo mediante el difícil equilibrio entre ignorancia y conocimiento, autoridad y libertad, puede el hombre ser feliz, (y no con el exclusivo predominio de uno de estos extremos, aunque sea el de la libertad y el conocimiento. Este es un interrogante todavía sin resolver.

“Quizás no convenga que la humanidad navegue sin lastre”, entre otras cosas porque la razón abandonada a sí misma puede ser una brújula tan falsa como la ignorancia, pero, no obstante, siempre pensaremos que ese lastre no debe ser excesivamente pesado.

V.2- LOS MITOS DEL HOMBRE ACTUAL

Ciertos “comportamiento míticos” perduran aún ante nuestros ojos. No se trata de supervivencias de una mentalidad arcaica, sino que ciertos aspectos y funciones del pensamiento mítico son constitutivas del ser humano.

Se ha visto la importancia, en las sociedades arcaicas, del “retorno a los orígenes”, efectuado por múltiples vías. Este prestigio del origen ha perdurado en las sociedades europeas: cuando se emprendía una innovación, esta se concebía o se presentaba como un retorno al origen. La reforma inauguró el retorno a la biblia y ambicionó revivir la experiencia de la iglesia primitiva; la Revolución francesa tomó como paradigma a los romanos y a los espartanos; etc...

En los albores del mundo moderno el “origen” gozaba de un prestigio casi mágico: “¡Nuestro origen está en Roma!”, repetían con orgullo los intelectuales romanos de los siglos XVIII y XIX. La conciencia de la descendencia latina se acompañaba en ellos en una especie de participación mística de la grandeza de Roma.

A principios del siglo XIX, el espejismo del origen noble incita, en toda la Europa central y Suroriental, a una verdadera pasión por la historia nacional, especialmente por sus fases más antiguas: “Un pueblo sin historia es como si no existiera”.

Esta pasión explica así mismo el mito racista de los arios, periódicamente revalorizado en occidente, sobre todo en Alemania. Los contextos sociopolíticos de este mito son demasiado

conocidos para que se insista en ellos. El “ario” era el modelo ejemplar a imitar para recuperar la pureza racial, la fuerza física, la nobleza, la moral heroica de los comienzos gloriosos y creadores.

Recientes investigaciones han puesto de relieve las estructuras míticas existentes en los comportamientos de las sociedades modernas.

Según Mircea Eliade, encontrar todavía comportamientos míticos es posible en:

- A- Los comics (historietas ilustradas)
 - B- La novela policiaca
 - C- La admiración a personalidades
 - D- La obsesión por el éxito
 - E- El éxodo a las grandes ciudades
 - F- El culto al coche sagrado
 - G- El arte innovador
 - H- Las historias y narraciones
- A) Los personajes de los “comics strips” (tiras cómicas) presentan la versión moderna de los héroes mitológicos o folklóricos. Encarnan hasta tal punto el ideal de una gran parte de la sociedad que los eventuales retoques impuestos a su conducta, aún peor su muerte, provocan verdaderas crisis en los lectores. Un personaje fantástico, Superman, se ha hecho extraordinariamente popular gracias a su doble identidad: Descendido de un planeta desaparecido y dotado de poderes prodigiosos, superman vive en la tierra con la apariencia de un modesto periodista y se muestra tímido, eclipsado, dominado por su colega. Este disfraz humillante de un héroe cuyos poderes son literalmente ilimitados remite a un tema mítico bien conocido: si se va al fondo de las cosas, el mito de Superman satisface las nostalgias secretas del hombre moderno que, sabiéndose frustrado y limitado, sueña con revelarse un día como un “personaje excepcional”, como un héroe.
- B) La novela policiaca se presta a análogas observaciones: Se asiste a la lucha ejemplar entre el Bien y el Mal, entre el héroe y el criminal. Por otro lado, en un proceso inconsciente de proyección e identificación, el lector, auditor o espectador participa del misterio y del drama y tiene la sensación de participar personalmente en una acción peligrosa (de aquí el éxito de las películas llamadas de acción).
- C) Se ha demostrado así mismo la mitificación (por medio de la publicidad) de personalidades del campo de la política, deporte, canción, etc... La prensa, radio televisión,... fabrican imágenes populares de semidioses y los propios personajes deben ajustarse en su comportamiento a esa imagen, que es la que el pueblo desea.
- D) Podríamos hablar de comportamiento mítico al referirnos a la obsesión por el éxito, tan característica de la sociedad moderna, y que deja ver el oscuro deseo de trascender los límites de la condición humana, la necesidad personal de reconocimiento colectivo del valor de las propias acciones y la creciente competición en que se ve inmerso el hombre contemporáneo.

E) ...Y en el éxodo a los núcleos urbanos, en el que, a parte de otros condicionamientos de tipo causológico, puede vislumbrarse la nostalgia de la “perfección primordial” y la constante insatisfacción de la naturaleza humana.

F) En el desencadenamiento afectivo de lo que se ha dado en llamar “el culto del coche sagrado”: basta con visitar el salón del automóvil para reconocer una manifestación religiosa profundamente ritualizada.

G) El arte innovador: diremos de antemano que los mitos artísticos han logrado imponerse fuera de los círculos cerrados de los iniciados, merced al complejo de inferioridad del público. La incompreensión agresiva y la indiferencia hacia los movimientos innovadores como el cubismo y el impresionismo han constituido duras lecciones para el público, los críticos y los comerciantes en cuadros. Hoy su único miedo es no ser suficientemente avanzados. Jamás ha sido tan cierto como hoy que cuanto más audaz, iconoclasta, absurdo e inaccesible sea un artista, tanto más se reconocerá su valía, se le idolatrará. Toda innovación se declara de antemano genial por decreto y se iguala a las innovaciones de un Van Gogh o de un Picasso.

H) La prosa narrativa, la novela especialmente, ha ocupado en las sociedades modernas el lugar que tenía en las tradicionales la recitación de los mitos, los cuentos y las leyendas. Aún más, se puede demostrar la supervivencia moderna de los grandes temas y personajes mitológicos (esto se verifica ante todo en el tema de las pruebas del Héroe-Redentor y sus combates con los monstruos, y las mitologías de la Mujer y la riqueza). En este sentido podría decirse que la pasión moderna por la novela traiciona el deseo de oír el mayor número posible de historias mitológicas debidamente disfrazadas bajo formas profanas. Al mismo tiempo existe la necesidad de introducirse en universos “extranjeros”. Difícilmente se puede imaginar a un ser humano que no sienta la fascinación del relato, y de conocer lo que ha sucedido a “otros hombres”.

Pero la “calidad del tiempo” operada por la lectura es lo que acerca más la función de la literatura a la de las mitologías. El tiempo que se “vive” al leer una novela no es, sin duda, el que se “reintegraba” al escuchar el mito primitivo. Pero, tanto en un caso como en otro, se sale de un tiempo histórico y se sumerge uno en un tiempo fabuloso. El lector se enfrenta a un tiempo imaginario cuyos ritmos varían indefinidamente, ya que el novelista utiliza un tiempo aparentemente histórico y, sin embargo, condensado o dilatado; un tiempo con todas las libertades de los mundos imaginarios.

Se adivina en el hombre el deseo de acceder a otros ritmos temporales que no sean aquel en el que está obligado a vivir o trabajar. Uno se pregunta si este deseo de trascender su propio tiempo se extirpará algún día. Mientras subsista este deseo, puede decirse que el hombre moderno conserva hoy al menos ciertos residuos de un “comportamiento mitológico”. Es siempre la misma lucha contra el tiempo, la misma esperanza de librarnos del peso del “tiempo muerto”, del tiempo que aplasta y mata.

Podemos concluir diciendo, con Mircea Eliade, que “...la lucha del hombre con el tiempo aparece evidente en todas las manifestaciones del arte y de las religiones. Pero es el mito la manera más eficaz para combatirlo.”

BIBLIOGRAFIA:

- 1- Cencillo, Luis : “Antropología cultural y psicológica”
(Publicaciones del Seminario de antropología psicológica de la Universidad Complutense) Madrid 1.973
- 2- Chalus, Paul : “El hombre y la religión “
(Investigaciones sobre las fuentes psicológicas de las creencias) Unión tipográfica editorial hispano-americana. México 1964
- 3- Eliade, Mircea : “Mito y realidad” Colección Punto Omega nº25
Ediciones Guadarrama. Madrid 1968
- 4- Eliade, Mircea: “Le sacré et le profane”
Editorial Gallimard.. París 1965
- 5- Freud, Sigmund: “Tótem y tabú”
Editorial Alianza. Madrid 1967
- 6- Fromm, Erich: “El corazón del hombre”
Fondo de Cultura económica. México 1970
- 7- Fromm, Erich: “el arte de amar”
Editorial Paidós. Buenos aires 1966
- 8- Fromm, Erich: “Ética y psicoanálisis”
Fondo de cultura económica. México, 1971
- 9- Fromm, Erich: “El miedo a la libertad”
Editorial Paidós. Buenos aires, 1966
- 10- Fromm, Erich: “Psicoanálisis de la sociedad contemporánea”
Fondo de cultura económica. México, 1966
- 11-De Greef, E. “Psiquiatría y religión”
Biblioteca del hombre contemporáneo- Editorial Paidós. Buenos Aires, 1969
- 12- Jung, C.G. : “Psicología y religión”
Biblioteca del hombre contemporáneo. Ed. Paidós Buenos aires, 1969

- 13- Kogan, J : “el lenguaje del arte. Psicología y sociología del arte”
Biblioteca del hombre contemporáneo. Ed. Paidós. Buenos aires 1970
- 14- Leenhardt. Maurice : “Gens de la Grande Terre” París 1937
- 15- Levy-Bruhl : “La mythologie primitive” París, 1936
- 16- Malinowsky,B : “El sentido religioso de la liturgia”
Editorial Guadarrama . Madrid 1964
- 17- Malinowsky,B : “Estudios de psicología primitiva”
Editorial Gallimard. París, 1956
- 18- Malrieu, Philippe: “La construcción de lo imaginario”
Colección Psicología y ciencias Humanas. Ediciones Guadarrama. Madrid 1971
- 19- Maritain,Philippe : “quatre essais sur l’esprit dans sa condition charnelle”
Editorial Gallimard. París 1956
- 20- Mondolfo, R : “Momentos del pensamiento griego y Cristiano”
Editorial Paidós Buenos Aires 1969
- 21- Nottigham, E : “Sociología de la religión” Biblioteca del hombre contemporáneo
Ed. Paidós , 1969
- 22- Sagrera, Martín: “Mitos y sociedad”. Biblioteca universitaria Labor. Barcelona 1967
- 23- Sauvy, Alfred : “Los mitos de nuestro tiempo” Nueva colección Labor nº 106
Editorial Labor. Barcelona 1969

